

Narrativa El polaco Andrzej Stasiuk se presenta en castellano con un libro compuesto por veinte relatos tan extraños como originales

Sobre la luz

ROBERT SALADRIGAS

En cuanto uno hojea el libro sin haber cedido a la tentación de leer el texto de la contraportada, está convencido de hallarse ante un conjunto de relatos. Y en cierta medida no se equivoca. “El mundo detrás de Dukla”, de Andrzej Stasiuk (Varsovia, 1960), está compuesto por veinte piezas, cada una bajo su correspondiente título, la mayoría muy breves excepto la primera, “A mediados de verano, en Pogórze”, y en particular la siguiente, “Dukla”, que ocupa nada menos que 132 páginas y lleva a pensar que en realidad el volumen es una novela con trampa, estructurada a base de fragmentos que el lector debe unir en su mente para acceder a las intenciones que Stasiuk desliza en una frase esencial del texto: “Siempre quise escribir un libro sobre la luz. No soy capaz de encontrar nada que recuerde más la eternidad. Nunca he sido capaz de imaginar cosas que no existen”.

Los datos biográficos de Stasiuk aclaran que es novelista, pero también poe-

car yacimientos”. Dukla es pues un territorio real de indagación que Stasiuk, por medio del narrador supuestamente oriundo del lugar, convierte en espacio simbólico de las pulsiones y enigmas del alma humana. El narrador va y viene de Dukla y sus alrededores, describe los paisajes montañosos, el río, los perfiles y costumbres de sus habitantes, las variaciones climáticas, sus pájaros, la diversidad de los cielos, mil pequeños detalles insignificantes pero sustanciales que nos hacen ver el mundo enmarcado por Dukla que él desea que veamos. Pero lo único que no encontramos allí es una “historia” personal o colectiva que cohesionen los relatos. La única historia medular subyace en el fondo de la mirada reflexiva, cuya voz nos llega, que describe con melancolía y sensualidad cromática los signos externos a ella para inducirnos a entender, conmovidos, que el asunto en clave de simbolismo poético es el desamparo existencial oculto detrás o debajo de los límites de la realidad cotidiana, perceptible a simple vista.

Si afirmaba Flaubert que escribir es una manera de vivir, en este libro, el primero de los suyos que se traduce, Stasiuk trata de transformar en tensa escritura lo que tiene de inaprensible la vida, el espesor de lo oscuro en contraste con un entorno aparentemente plácido, donde la naturaleza parece transpirar armonía y las gradaciones de la luz sacralizan la obra de la creación, pero también las señales de muerte en forma de un frente atmosférico que el narrador detecta en el cielo azulado y cimentan su pesimismo de individuo condenado: “Desaparecerán incluso las nubes y quedará tan sólo la pupila azul, infinita sobre los restos.”

Inventario metafísico

Dukla es aquí el centro del mundo, el origen de todas las cosas, porque Dukla, lo mismo daría nombrar Pogórze, Krosno, Czumak, Czertez o cualquier otra población del mapa evocado por Stasiuk, incluso si se quiere la misma Polonia natal, todo cuanto habita estas páginas muda su identidad para encarnarse en quien las escribe, configura su propia provincia real y onírica, arranca de los estratos más sensibles de la memoria y, tras someterse a un refinado proceso de metamorfosis intelectual y poética, se transforma en inventario metafísico que orilla el tiempo. Creo que esa es la clave de lectura de “El mundo detrás de Dukla”. Lo sorprendente para mí es la magnífica habilidad con que Stasiuk crea en uno la ilusión de adentrarse en un espacio imaginario, es decir eminentemente literario, cuando lo más probable es que estemos ante un libro cuyos auténticos componentes de ficción son mínimos. Como el mismo Stasiuk reconoce, lo que cuenta es la vibración de la luz, los acontecimientos, seres y objetos vivos que apenas moldeados se disgregan en la cascada de imágenes frágiles como el cristal que brotan de la consistencia de un pensamiento convulso, vitalista, hiperactivo. Dukla es sólo el punto de partida y de retorno a una exaltación de los sentidos que el lenguaje hace bellos e inquietantes. |

Andrzej Stasiuk
“El mundo detrás de Dukla”

Traducción de Elzbieta Bortkiewicz y Juan Carlos Vidal

ACANTILADO
191 PÁGINAS
12 EUROS



Novela Peter Handke, uno de los referentes de la actual literatura en lengua alemana, relata el viaje de una mujer por la sierra de Gredos

La melancolía no siempre da en el clavo

JORDI IBÁÑEZ FANÉS

Sólo deberíamos hablar de los libros que nos gustan y de los libros que merecen ser desenmascarados. De acuerdo con esta máxima de la buena vida literaria, un servidor debería callar ante Peter Handke (Griffen, Austria, 1942), porque ni soy un handkiano –léase que por lo general no me gusta su literatura, dicho con todos los respetos– ni tampoco creo que Handke sea un falsario. Pero si incurro en una contradicción conmigo mismo y además empiezo con juicios de gusto –con mis juicios de gusto, que aquí resultan una perfecta impertinencia– es porque, en primer lugar, Handke ha alcanzado una altura y una importancia significativas en la prosa contemporánea (creo que no sólo alemana) y porque, además, se ha convertido en un “caso” significativo de los hábitos y vicios de la cultura contemporánea. De modo que lo que me ha llevado a ponerme mínimamente al día con Handke ha sido una gran curiosidad para entender algo más allá de lo que suele conocerse como rumor mediático.

Ahí van los datos: Handke publica en 1994, con una gran producción literaria y teatral a las espaldas, una novela ambiciosa e interesante: “El año que pasé en la bahía de nadie” (Alianza, 1999). Recuerdo que cuando yo ya había dejado

de leer a Handke un amigo no sospechoso de handkismo, y del que me fio mucho como lector, me aconsejó vivamente su lectura. Luego podríamos decir que Handke se mete en una camisa de once varas: nada menos que la guerra de los Balcanes, y encima adopta la causa del pueblo serbio como víctima de un inmenso complot mundial. De este momento en el que la lucidez y la ceguera se mezclan, salen dos libros: “Un viaje de invierno a los ríos Danubio, Save, Morava y Drina” (Alianza, 1996) y “Apéndice de verano a un viaje de invierno”

El escritor austriaco intenta convertir el sudoeste madrileño en un espejo del naufragio moral europeo

(Alianza, 1997). En 1997 publica un relato muy logrado situado en los márgenes de la provinciana Salzburgo, donde Handke vivió en los ochenta: “En una noche oscura salí de una casa sosegada” (Alianza, 2000). Y ahora, tras haberse convertido en un autor “polémico”, publica otra novela grande: “La pérdida de la imagen o Por la sierra de Gredos”, cuya traducción en Alianza (de la mano de



Dukla es sólo el punto de partida y retorno a una exaltación de los sentidos que el lenguaje hace bellos

ta y crítico literario, dotado, se dice, de enorme talento lírico y una no menor capacidad para indagar en la dimensión metafísica de la vida. Todo ello se confirma en este libro “raro” por su original concepción, verbalmente hermoso, que al principio desarma y en seguida arrastra echando abajo toda posible resistencia. Condición previa es aceptar sus reglas. Veamos la geografía que nos propone. Dukla es una localidad de la Polonia meridional que durante siglo y medio perteneció a Galitzia, bajo dominio del imperio austriaco. En 1910 tenía 3.000 vecinos, de ellos 2.500 judíos. De manera que Dukla era para ellos una “shtetl” (pequeña ciudad). Ahora bien, según Stasiuk, Dukla “es una ciudad extraña después de la cual ya no hay adónde ir (...) de Dukla sólo se puede volver”. Y en cuanto al vocablo, Dukla significa “un pequeño pozo efectuado con el fin de bus-

Carretera nevada en las inmediaciones de Varsovia (Polonia)

AP / C. SOKOLOWSKI